

Miguel León-Portilla

*Los franciscanos vistos por el hombre náhuatl  
Testimonios indígenas del siglo XVI*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1985

92 p.

Ilustraciones

(Serie de Cultura Náhuatl. Monografías, 21)

ISBN 968-837-576-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/franciscanos/213.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



### 3. LOS COLOQUIOS DE LOS SABIOS Y LOS DOCE

Gracias al testimonio de algunos cronistas, como fray Jerónimo de Mendieta, consta que “luego que llegaron a México (1524), los doce célebres franciscanos tuvieron, “por lengua de Jerónimo de Aguilar y [la Malinche] o de otro intérprete de Cortés [¿fray Pedro de Gante?], pláticas con los señores y caciques, dándoles cuenta de su venida...”<sup>41</sup> El mismo Mendieta añade que sabía él que “fray Bernardino de Sahagún... , [que] trabajó en esta obra de la conversión y doctrina de los indios más de sesenta años, dejó entre otros escritos estas pláticas...”<sup>42</sup>

Fray Bernardino que, tras de estudiar en la Universidad de Salamanca, había llegado con otros franciscanos a la Nueva España en 1529, al dedicarse por entero en México a indagar sobre las antigüedades de la cultura indígena, tuvo ocasión de encontrar “en papeles y memorias” una especie de transcripción, un tanto tosca, de esas pláticas que habían sostenido los doce con los sabios mexicas. Sahagún había conocido además a casi todos esos primeros frailes puesto que había llegado a México sólo cinco años después de ellos. De los mismos debió escuchar relatos sobre lo que les había acontecido desde que pusieron pie en México. Nada tiene, por tanto, de extraño que esos viejos papeles y memorias que halló en Tlatelolco le atrajeran sobremanera. Él mismo refiere lo que entonces llevó a cabo. Su propósito fue ordenar y poner “en lengua mexicana bien congrua y pulida” los textos de esas pláticas, temprano testimonio del encuentro de indígenas y franciscanos. He aquí lo expresado, por Sahagún respecto de esa ‘memoria’:

La cual se volvió y limó en este Colegio de Santa Cruz de Tlatilulco este sobredicho año [1564] con los colegiales más hábiles y entendidos en lengua mexicana y en la lengua latina, que hasta agora se han en el dicho colegio criado; de los cuales uno se llama Antonio Valeriano, vecino de

<sup>41</sup> Mendieta, *op. cit.*, p. 213.

<sup>42</sup> Mendieta, *op. cit.*, p. 213.



Azcapotzalco, otro Alonso Vegerano, vecino de Cuauhtitlán, otro Martín Jacobita, vecino deste Tlatilulco y Andrés Leonardo también de Tlatilulco. Limóse asimismo con cuatro viejos muy prácticos, entendidos así en su lengua como en todas sus antigüedades.<sup>43</sup>

*¿Un texto ‘arreglado’ por fray Bernardino de Sahagún?*

Con auxilio de esos estudiantes y de los cuatro viejos sabios pulió y puso en limpio Sahagún aquellos “papeles y memorias”. Teniendo hoy a la vista la parte que se ha conservado del que se conoce como *Libro de los Colloquios* o sea el que nos dejó fray Bernardino de Sahagún, cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿Es éste un testimonio fidedigno de la confrontación original de los doce y los sabios indígenas, o más bien una “reinención” o arreglo forjado por Sahagún? Los relativamente pocos investigadores que se han ocupado de dicho libro han expresado opiniones diferentes. Citaré aquí la de Walter Lehmann, el primer editor del texto náhuatl, paleografiado y traducido al alemán en 1949. En opinión de Lehmann, este libro es testimonio de fehaciente historicidad:

No se exagera cuando se califica a este texto de extraordinario. En él se reflejan los intercambios en los que se confrontaron la fe y el pensamiento europeos con el antiguo universo de los mexicanos, cuyos ‘Dioses han muerto’, como lo expresa el mismo texto.<sup>44</sup>

Acceptando básicamente este punto de vista, pienso que cabe puntualizar lo siguiente: tanto el testimonio de Sahagún, como el de Mendieta y otros no dejan lugar a duda en el sentido de que muy poco después de la llegada de los doce, tuvieron lugar confrontaciones con los indígenas sobre asuntos de interés religioso. Recordemos lo que ya se dijo antes acerca de la apertura pre-tridentina de los doce, varios de los cuales eran genuinos humanistas. En estos diálogos, sostenidos inicialmente con el auxilio de intérpretes, debió haber por

<sup>43</sup> “Colloquios y Doctrina Christiana”, recopilados y dispuestos por fray Bernardino de Sahagún, 1564. Cito aquí la transcripción paleográfica y edición del texto náhuatl con versión al alemán, publicada bajo el título de *Sterbende Götter und christliche Heilsbotschaft*, Stuttgart, 1949, p. 52. La traducción del náhuatl al castellano la he preparado yo y está por publicarse completa.

<sup>44</sup> Lehmann, *Sterbende Götter...*, *op cit.*, p. 13.

lo menos intentos de discusión. Si no al lado de los doce, sí algún tiempo más tarde verosíblemente el mismo Sahagún tomó parte en algunas otras pláticas o coloquios, por ejemplo al establecer diálogo con algunos de sus informantes en materia de antigüedades prehispánicas. De esta suerte, auxiliado por los cuatro viejos sabios y por sus estudiantes de Tlatelolco, tuvo amplia base de experiencia y testimonios para llevar a cabo la revisión y pulimiento de los papeles en que encontró los coloquios más antiguos, de poco después de la venida de los doce.

Aun admitiendo la posibilidad de que en su trabajo Sahagún llevará a cabo una reelaboración en cierto modo arquetípica de las prédicas y discusiones, ello no invalida que en el *Libro de los Coloquios* hayan perdurado en esencia tanto la expresión de los frailes como las reacciones y respuestas de los indígenas. En plena coherencia con las circunstancias en que debió desarrollarse el contacto inicial, los primeros capítulos o secciones de los *Coloquios* recogen la explicación que dieron los franciscanos de su llegada a México. Aparecen allí explicando quién es el Sumo Pontífice que los ha enviado; tratan luego de la existencia de una *teutlahtolli*, ‘palabra divina’, incluida en un *teoamoxtli*, ‘libro divino’ [las sagradas escrituras], base y punto de partida de su enseñanza. Presentan luego dos temas fundamentales que se derivan de ese libro divino y constituyen el meollo de la misión que, como maestros, dicen haber recibido del Sumo Pontífice: quién es el único Dios y cómo es que existe un reino de los cielos, gobernado por ese Dios cuyo representante en la tierra es precisamente el mencionado Pontífice.

Como podría esperarse, lo que habían contemplado los franciscanos con sus propios ojos en los semidestruidos templos indígenas, y lo que habían escuchado sobre la multitud de ídolos y sacrificios sangrientos, los lleva a externar su preocupación y rechazo ante las creencias nativas. Plantean así preguntas que son un desafío para los señores mexicas que los escuchan. Sahagún transcribe en náhuatl cuestionamientos como éstos:

Si fueran dioses verdaderos [los vuestros],  
si de verdad fueran el Dador de la Vida,  
¿por qué mucho se burlan de la gente?  
¿por qué de ella hacen mofa?  
¿por qué no tienen compasión  
de los que son hechuras suyas...



De día en día  
demandan sangre, corazones.  
Por esto son muy temibles a la gente.  
Mucho provocan el miedo  
sus imágenes; sus hechicerías  
son muy negras, muy sucias,  
muy asquerosas...<sup>45</sup>

### *Las palabras de los sabios indígenas*

Congruente con lo que debió ser la reacción de los mexicas al enterarse de los motivos de la venida de los frailes y luego de sus prédicas y condenación de sus antiguas creencias, el texto de los *Colloquios* recoge en sus capítulos sexto y séptimo las respuestas, primero de los señores gobernantes y luego de los sabios y sacerdotes. Palabras de gran dramatismo son las que ellos expresan. A no dudar, en la reelaboración y pulimiento que hicieron Sahagún y sus colaboradores, se decanta, por así decirlo, una precisa exposición de la antigua *teo-llamatiliztli*, ‘sabiduría de lo divino’. El testimonio dejado en “papeles y memorias”, pulido en el texto de los *Colloquios*, corresponde a lo que, gracias al estudio de códices, textos en náhuatl y otras fuentes, podemos hoy conocer sobre la religión y visión mexicas del mundo. En tal sentido lo que manifiestan los indígenas, además de ser un rechazo de la predicación de los frailes, conlleva una reafirmación de su propio pensamiento, expresado con cierta libertad, ya que como lo proclaman, al abrirse así, “tal vez sólo vamos a nuestra perdición, a nuestra destrucción...”<sup>46</sup> De cuanto entonces respondieron los señores y luego los sacerdotes mexicas, ofrezco únicamente algunos fragmentos por demás elocuentes. Atendamos en primer lugar a las palabras de los señores:

Cuando concluyó, terminó, su discurso, de los doce padres, entonces uno de los señores, los gobernantes, se puso de pie, saludó a los sacerdotes, y un poquito, un labio, dos labios, con esto devolvió su aliento, su palabra. Dijo:

—Señores nuestros, mucho os habéis afanado, así habéis llegado a esta tierra, porque habéis venido a mandar en

<sup>45</sup> “Colloquios y Doctrina Christiana...”, *op. cit.*, p. 86 (en el manuscrito original fol. 32 r.). Traducción al castellano del texto náhuatl de M. León-Portilla.

<sup>46</sup> “Colloquios y Doctrina Christiana...”, *op. cit.*, p. 101.

vuestra agua, vuestro monte. ¿De dónde? ¿Cómo es el lugar de nuestros señores, de donde vinísteis? De entre nubes, de entre nieblas, habéis salido. Aquí delante de vosotros, donde estáis, nosotros contemplamos y contemplamos, admiramos a los que son gente de ciudad. Aquí cogemos, tomamos, la nueva palabra, como si fuera cosa celestial, la que habéis dicho. Y aquí se nos muestra, se ha abierto, su arca, su petaca, del Señor, el Señor Nuestro, el dueño de los cielos, el dueño de la tierra.

Y así a vosotros os envió el señor, el gran gobernante; desde allá se hace conocer su aliento [su palabra], de donde están nuestros señores, el sancto Padre y el emperador. Aquí delante de nosotros habéis colocado turquesas, ajorcas, aquí nosotros las admiramos, como si fuera un jade redondo, que hace reflejos, sin sombra, ni falta, [precioso] como ancho plumaje de quetzal, en verdad muy verde. . . Pero, nosotros, ¿qué es lo que ahora podremos decir? Puesto que somos los que damos albergue, somos madres y padres de la gente, ¿acaso aquí, delante de vosotros, debemos destruir la antigua regla de vida? ¿La que en mucho tuvieron, nuestros abuelos, nuestras mujeres, la que mucho ponderaron, la que mantuvieron con admiración, los señores, los gobernantes?

Y, he aquí, señores nuestros, están los que aún son nuestros guías, ellos nos llevan a cuestras, nos gobiernan, en relación al servicio de los que son nuestros dioses, de los cuales es el merecimiento de la cola, el ala [la gente del pueblo]: los sacerdotes ofrendadores, los que ofrendan el fuego, y también los que se llaman *quequetzalcoah*.

Sabios de la palabra, su oficio, con el que se afanan, durante la noche y el día, la ofrenda de *copal*, el ofrecimiento del fuego, espinas, ramas de abeto, la acción de sangrarse. Los que miran, los que se afanan con el curso y el proceder ordenado del cielo, cómo se divide la noche. Los que están mirando [leyendo], los que cuentan [o refieren lo que leen], los que vuelven ruidosamente [las hojas de] los libros, de la tinta negra, la tinta roja, los que tienen a su cargo las pinturas. Ellos nos llevan, nos guían, dicen el camino. Los que ordenan cómo cae el año, cómo siguen su camino



la cuenta de los destinos y los días, y cada una de las veintenas. De esto se ocupan, de ellos es el encargo, la encomienda, su carga: la palabra divina... <sup>47</sup>

Refiere en seguida el texto lo que luego aconteció. Los antiguos gobernantes y señores mexicas fueron a hablar con sus sacerdotes y sabios: “les hicieron oír las palabras, como las habían dicho los doce...” <sup>48</sup> Al día siguiente, de mañana, los señores, acompañados de sus antiguos guías espirituales, volvieron a donde los aguardaban los frailes y les hablaron así:

—Señores nuestros, en verdad han venido los que tienen nuestro merecimiento [los sacerdotes], y porque han tomado, porque han recibido vuestro aliento, vuestra palabra, por eso han venido. Que ellos os respondan y para que quede de nuevo tranquilo su corazón, haced favor, que otra vez, desde el principio, oigan todo lo que hemos escuchado. Vuestra cabeza, vuestro pecho nosotros los tendremos en alto.

Y los doce padres cuando oyeron esto, entonces, una vez más, desde un principio, todo lo dijeron, lo hicieron oír a los ofrendadores del fuego, todas las palabras que habían dicho. El que hablaba en náhuatl lo hizo salir [en esta lengua], como el día anterior lo habían escuchado los que gobiernan. Y cuando así vino a terminar el discurso, entonces un señor, de los *quequetzalcoah*, se levantó, saludó a los sacerdotes, un poco grande fue su discurso, con el cual respondió, con el cual devolvió las palabras [de los sacerdotes]. Dijo:

—Señores nuestros, señores, estimados señores, habéis padecido trabajos, así os habéis venido a acercar a esta tierra. Aquí, delante de vosotros, ante vosotros, os contemplamos, nosotros macehuales [gente del pueblo], porque a vosotros os ha permitido llegar el Señor Nuestro, en verdad habéis venido a gobernar vuestra agua, vuestro monte. ¿De dónde, cómo, os habéis dirigido hacia acá del lugar de nuestros señores, de la casa de los dioses? Porque

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 94-98, (manuscrito original fol. 34 r-v). Traducción al castellano del texto náhuatl: M. León-Portilla.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 98 (manuscrito original, fol. 35 r-v.).

en medio de nubes, en medio de nieblas, del interior del agua inmensa habéis venido a salir. A vosotros os hace ojos suyos, a vosotros os hace oídos suyos, a vosotros os hace labios suyos el Dueño del cerca y del junto. Aquí nosotros, de algún modo, vemos en forma humana, aquí como a un humano hablamos, al Dador de la vida, al que es Noche, Viento, porque vosotros sois su imagen, su representante. Por esto recogemos, tomamos, su aliento, su palabra, del Señor Nuestro, del Dueño del cerca y del junto, el que habéis venido a traer, el que en el mundo, en la tierra, es señor, el que os envió por razón de nosotros. Por eso aquí nosotros estamos admirados, en verdad habéis venido a traer, su libro, su pintura, la palabra celestial, la palabra divina.

Y, ahora, ¿qué, de qué modo, qué será lo que diremos, elevaremos a vuestros oídos? ¿Somos acaso algo? Porque sólo somos *macehualuchos* [pobre gente del pueblo], somos terrosos, lodosos, raídos, miserables, enfermos, afligidos. Porque sólo nos dio en préstamo el Señor, el Señor Nuestro, la punta de su estera, la punta de su sitial, [donde] nos colocó.

Con un labio, dos labios respondemos, devolvemos el aliento, la palabra, del Dueño del cerca y del junto. Con esto, de su cabeza, de su cabellera, salimos, por esto nos arrojamus al río, al barranco. Con ello buscamos, pedimos, su disgusto, su enojo. Tal vez sólo [vamos] a nuestra perdición, a nuestra destrucción, ¿O acaso hemos obrado con pereza? ¿A dónde en verdad iremos? Porque somos macehuales, somos perecederos, somos mortales. Dejados, pues, ya morir, dejados, pues, ya perecer, puesto que nuestros dioses han muerto.

Pero tranquilícense vuestros corazones, vuestra carne, señores nuestros, porque romperemos un poquito, ahora un poquito abriremos, el cofre, la petaca del Señor Nuestro.

Vosotros dijísteis que nosotros no conocíamos al Dueño del cerca y del junto, a aquél de quien son el cielo, la tierra. Habéis dicho que no son verdaderos dioses los nuestros. Nueva palabra es ésta, la que habláis y por ella estamos perturbados, por ella estamos espantados. Porque



nuestros progenitores, los que vinieron a ser, a vivir en la tierra, no hablaban así. En verdad ellos nos dieron su norma de vida, tenían por verdaderos, servían, reverenciaban a los dioses. Ellos nos enseñaron, todas sus formas de culto, sus modos de reverenciar [a los dioses]... <sup>49</sup>

Al argumento que invoca la autoridad de los propios antepasados añaden luego los sabios y sacerdotes nativos una elucidación pormenorizada de sus creencias. Y luego, antes de dar fin a su respuesta, señalan que pretender destruir su “antigua regla de vida” acarreará la desgracia al pueblo, “lo hará perecer”. Por eso, a quienes les han hablado como si hubieran venido “de entre nubes, de entre nieblas”, los doce de indumentaria tan pobre y distinta de la que con orgullo portaban los conquistadores, les piden cautela. Les dicen:

—Tranquila, pacíficamente considerad, señores nuestros, lo que es necesario. Nosotros no podemos estar tranquilos y ciertamente no creemos lo que decís, no lo tenemos por verdadero, aun cuando os ofendamos... Haced con nosotros lo que queráis... <sup>50</sup>

#### *Persecución de un teopixqui y actitud ambivalente de algunos franciscanos*

Es difícil valorar el impacto que pudo tener, en el conjunto de las otras experiencias que acompañaron a los primeros contactos, esta temprana confrontación de ideas, tanto en el ánimo de los indígenas como en el de los franciscanos. Es probable que surgiera ya desde entonces en varios de los doce una actitud en diversas formas ambivalente: propósito de alcanzar una más honda comprensión de las creencias y la cultura indígena en general, y a la vez rechazo de aquello que ya se conocía y que se mostraba como repugnante inspiración del Demonio.

De esto último ofrece un testimonio el cronista tlaxcalteca Juan Ventura Zapata a propósito de la aparición, en 1526, de un *teopixqui*, sacerdote nativo que se hacía pasar por *Necoc Yautl*, ‘El de una parte y otra enemigo’, advocación del dios *Tezcatlipoca*:

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 99-103 (manuscrito original, fol. 34v.-36r.)

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 106 (manuscrito original, fol. 36 r.).



Yhuan ihcuac huala nehnezca, zan quihtohuaya Necoc Yautl... Ye quiteitlaniliaya amazolli, copalli. Ceppa canato Necoc Yautl ompa Sanct Sebastian matlahuacala, tianquizco, quimecahuitequeh ixpan fray Luis, tecohua ixpan, ihcuac peuhqui ye tlatemolo in tlacatecolo ye Tlaxcalan...

Y entonces vino a aparecer, el que llamaban Necoc Yautl... preguntaba a la gente por los libros [antiguos], el copal. Una vez vino a ser apresado, en una trampa como huacal. En el mercado lo azotaron delante de fray Luis [de Fuen-salida], delante de la gente. Entonces comenzó a buscarse a los 'hombres buhos' [hechiceros, sacerdotes indígenas]. . .<sup>51</sup>

No obstante persecuciones como ésta y otras que pueden documentarse, algunos de los primeros franciscanos —sobre todo los de actitud más abierta— se mostraron con esa especie de tolerancia que más tarde tanto criticarían otros frailes como el dominico Diego Durán y el franciscano Bernardino de Sahagún. En opinión de ambos los indios habían respondido siempre *quemachca*, 'sí', a las enseñanzas cristianas, porque veían que de ese modo los frailes aceptaban a su vez compromisos tales como fomentar un nuevo culto en el antiguo santuario de *Tonantzin*, en el Tepeyacac, o el de Santa Ana, la abuela de Jesús, en Chiauhtempan, Tlaxcala, donde siempre se había adorado a la diosa Cihltli, la también abuela de los dioses.<sup>52</sup>

<sup>51</sup> Juan Ventura Zapata, *op. cit.*, fol 4 v.

<sup>52</sup> Bernardino de Sahagún, "Prólogo al libro IV de *Historia general de las cosas de Nueva España*" en: García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, *op. cit.*, p. 383.